

CLINICA LACANIANA*

Cristina Marrone

**Debido al inconveniente de no contar con la grabación de la exposición por el extrávo del cassette, la autora del texto debió realizar la reconstrucción de la misma. Es por este motivo que no han podido reproducirse las preguntas que durante 30' efectuaron los asistentes a esta presentación (Aclaración solicitada por la autora).*

Hoy, a los diez años de la muerte de Jacques Lacan, la ética que para el psicoanálisis Freud y Lacan definieron, nos convoca a interrogar nuestra propia práctica y al mismo tiempo nos lleva a preguntarnos por aquello que no sólo Freud sino también Lacan ha dicho.

Leimos a Freud, en principio, acompañados por las marcas de una lectura que fue, sin duda, la que Lacan efectuó y transmitió, según su deseo y, en los diferentes momentos de su enseñanza.

Hoy, la tarea que nos concierne no es, tal vez, menos compleja que la que a él le tocó respecto de Freud puesto que se trata también de un ejercicio de la clínica en la extensión del psicoanálisis: leer a la letra el texto del otro, en este caso, el que Jacques Lacan produjo.

Leer a la letra es, entonces, una operación, un acto en el que un analista se diferencia de un mero lector puesto que implica una experiencia de apoyatura y desasimiento que plantea, sólo en determinados momentos del análisis personal, la apuesta de reinventar el psicoanálisis.

Decir de otra manera lo que Lacan ha dicho es situar tanto los avances como los impasses y en ello cernir lo real de su texto allí donde la letra hace litoral.

En 1963, a diez años del comienzo de su enseñanza, Lacan efectúa un breve y elocuente comentario del historial que Margaret Little había presentado en 1956, en el trabajo titulado "La respuesta total del analista a las necesidades de su paciente". Interrogar al comentario de Lacan hace necesario ubicar el contexto que lo enmarca y de esta manera recordar que se trata de un momento de torsión en su enseñanza en el que trabaja denodadamente en la elaboración del concepto del objeto a, ese concepto que trastoca la teoría y la clínica y del cual Lacan mismo dijo: "es lo único que inventé".

Tal vez no sea vano decir que Lacan leyó a Freud aunque no siempre de la misma manera, esto es que él también padeció ese tiempo necesario e inevitable en el que el Sujeto se constituye alienado a los significantes que surgen en el campo del Otro. Así, en los primeros diez años, Lacan separa la maleza en el bosque freudiano y recorta uno a uno los conceptos nodales del psicoanálisis. Sin embargo, mientras de la producción freudiana hacía jardín a la francesa también ejercitaba, en pasos de diferentes magnitudes, su despegue.

No obstante si alienación y separación son el juego mismo del Sujeto, la alienación que lo apresa recibe su golpe certero no en cualquier momento. Tal vez una frase, próxima al comentario sobre Margaret Little permita cernir el matiz singular de ese momento: "... el tropiezo de Freud, lo que falta en Freud es lo falta en su discurso..." "la femineidad se escurre y algo hay por ese sesgo..." "... es el punto decisivo que siempre olvidamos en la teoría y en la práctica de la experiencia analítica. Mi discurso gira alrededor de una privación". (1)

①

FOTOCOPIADORA	
CEHCE	
CLINICA A. DUBROIS	
Folio	1
191	D/F 2

Una vez más Lacan dialoga con Freud pero esta vez señala la diferencia en el punto preciso del impasse de Freud. Por ello entendemos que el comentario que efectúa estará dirigido a Margaret Little y su respuesta total a la paciente en relación a la que Lacan reabrirá la problemática del duelo, pero que las frases recién citadas indican que el contexto en que este comentario se produce es el de su propio duelo en relación a Freud. Es que en 1963 Lacan ya no sólo recorta y ordena el bosque freudiano sino que se ha acercado a su límite, allí donde se trata de lo real del Otro, del sitio preciso donde en el Otro no hay respuesta.

Tal vez no sea simple azar que la autora inglesa manifieste que con su propuesta de respuesta total ella advierte que se enfrenta al psicoanálisis clásico y que Lacan se encuentre gestando la diferencia con el psicoanálisis clásico freudiano, inventando el objeto a allí donde la roca de la castración indicaba la detención de Freud. Es el momento, entonces, en que habiéndose servido de lo que Freud produjo, se queda sin Freud. Momento de soledad en el que no es posible retroceder, ése en el que el paso dado provoca la certeza de que no hay retorno.

Si el deseo se detiene en la roca, allí donde lo imaginario del falo encuentra su máxima consistencia, el análisis se infinitiza. Lacan toma el relevo anunciado ya en la "Dirección de la Cura": "está por inventarse una ética que ponga en su cúspide al deseo del analista", y ahora explica que la cuestión del deseo del analista trastoca el concepto del deseo.

Cernir este trastocamiento del deseo implica destacar que Lacan despliega la estructura de la falta hasta lo real de su límite, por eso dirá que "cuando lo real llega al saber, hay algo perdido" y que "tal es la verdad que con esta forma opaca... nos da la experiencia analítica...". "Hay que decir que este punto resulta lo bastante insostenible como para que intentemos contornearlo sin cesar, lo cual sin duda tiene dos caras a saber: que en ese mismo esfuerzo no hacemos más que trazar sus contornos y que a medida que nos acercamos a dicho contorno tendemos a olvidarla en función de la propia estructura de la falta". (2)

Se trata, entonces, de la torsión en el concepto del deseo, de su articulación a la pérdida radical del objeto, de algo que afecta nuestra condición de analistas a punto tal que al contornear ese límite real de la estructura de la falta tendemos a olvidarlo. En ese plural Lacan se implica y nos implica. El sesgo de la función del deseo del analista y lo imposible de su condición nos permite tomar al comentario que efectúa como testimonio de su práctica y de esta manera ubicar allí mismo la pregunta: ¿en qué avanza y dónde situar su olvido de la función deseo del analista o lo que es lo mismo de la estructura radical de la falta?

Del historial de Margaret Little, Lacan extrae tres intervenciones sobre las que centra su comentario.

En cuanto a Frida la paciente de Margaret Little sólo recortaré algunos datos. Era cleptómana y había padecido una infancia verdaderamente traumática, sometida a castigos severos por parte de su madre quien la golpeaba y encerraba en un armario para escobas y también a castigos por parte de su padre "especialmente cuando ella rehusaba arrepentirse por desobedecer a su madre". "Los hijos de Frida eran extensiones de su cuerpo como ella lo había sido de su madre". "Su padre, egósta y mágico tenía la creencia de que nada podía ocurrirle, a tal punto que permaneció en Alemania y murió en un campo de concentración". (3)

Margaret Little expresa que durante siete años sus interpretaciones de transferencia no había producido el menor efecto en su paciente hasta que un día, súbitamente, en Alemania muere Ilse, amiga de los padres, quien había ocupado un lugar materno y amoroso para la paciente. Es así que Frida entra en una aguda crisis de desesperación que se prolonga durante cinco semanas, hasta que Margaret Little le dice que "se siente muy apenada por ella y con ella por su pérdida"(4). El efecto es el de un cambio inmediato. A partir de allí la autora elabora su teoría de que la inclusión de sus propios sentimientos reales había permitido el giro de ese análisis. Enrolada en la contratransferencia considera que la confesión de los sentimientos forma parte de la respuesta total que el analista debe dar a las necesidades que el paciente manifiesta en un análisis. Dicha confesión, en una amplia gama que incluye aún las reacciones impulsivas de la analista, implica la vía necesaria para hacer factibles las interpretaciones de transferencia.

De esta manera, M. Little plantea una solución falsa para un problema verdadero, el que concierne al fracaso de las interpretaciones de transferencia en el aquí y ahora con el analista. Fracaso del sentido, pero al mismo tiempo punto de falla de la escuela clásica inglesa, sólo que M. Little rellena lo imaginario del sentido con el sentido de los sentimientos, mientras que por allí se filtra lo imaginario y lo real de un goce del analista en el "reacting impulse".

Es en ese punto preciso de giro en el análisis, que Lacan inserta su lectura del caso señalado que las palabras de M. Little han posibilitado la transferencia del duelo por Ilse a la relación con la analista, pero no porque se trate de sentimientos sino que Frida entiende a partir de allí que si M. Little se angustia, es en tanto y en cuanto ella, su paciente, puede ser su falta; "estamos de duelo... por personas frente a las cuales no sabíamos que cumplíamos la función de estar en el lugar de su falta". (5)

Con el efecto certero de una interpretación, Lacan describe el drama de esta cleptomana: robaba para entrar en tanto objeto a una escena que para ella estaba cerrada puesto que en relación a sus padres, ella no podía captarse como una falta. Al mismo tiempo la interpretación de Lacan alcanza a M. Little en su posición de analista ya que hasta allí ella no había consistido sino en un Otro absoluto, hipnótico, al que nada le falta y respecto del cual no es factible la instauración de la transferencia en tanto simbólica.

Algunas expresiones describen afinadamente su posición: "el inmenso total de su posición de analista" ... ella "se ocupa de todos los casos" ..., utiliza "todos los sentimientos promovidos a la confesión". (6) Es decir que, entre el todo de un Otro absoluto, que no permite la instalación de la transferencia, y un Otro al que recién cuando se angustia evidencia que algo le falta, Lacan despliega por la vía del duelo y de la angustia una lógica rigurosa.

La interpretación que Lacan nos ofrece se articula plenamente a aquello con lo que cierra su comentario: "se trata de la frontera, del límite donde se instaura el lugar de la falta" (7) y destaca con ello que lo simbólico de la falta como operación de castración se instaura y se articula en esa frontera que concierne a lo real de la operación de privación. Determina, entonces, en el otro lo real de un límite desde donde se causa el deseo del Sujeto. La pena que M. Little manifiesta es una expresión de amor, "el que permite al deseo condescender al goce" (8). Por medio de la angustia se establece entonces un corte en el Otro. Nadie como él, osó llevar al deseo hasta lo real de su límite; es que Lacan lee allí la posición del analista y con ello avanza en el punto en el Freud había detenido.

Sin embargo, interrogar lo que Lacan ha dicho implica también advertir que adjudica la misma introducción de la función del corte a otras dos intervenciones de M. Little considerándolas hitos decisivos y que, siguiendo el historial, corresponden a dos momen-

tos previos al episodio de la angustia. Durante el lapso de los siete estériles años de interpretaciones de transferencia, M. Little había manifestado sus propios sentimientos en dos ocasiones, en la primera de ellas, Frida cuenta por centésima vez una pelea con su madre y la analista le responde: "no hable más de estas peleas, Ud. me aburre... me duermo" (9). A ello la paciente responde con un silencio horrorizado y luego con rabia se disculpa reiteradamente. En la segunda ocasión la analista había reddecorado su consultorio y Frida critica y hasta da consejos. Impulsiva en su reacción, M. Little manifiesta con dureza "me importa un bledo lo que Ud. piensa" (9) y nuevamente Frida, en principio silenciosa, aproxima una disculpa furiosa.

El texto del historial nos dice que en los dos momentos la paciente se disculpa y hasta con furia. Lacan no incluye en su comentario la respuesta de Frida en esta insistencia de las disculpas, que por otra parte resuenan en relación a lo más traumático de su infancia, ya que ese padre, al que ella amaba y por el que no había podido efectuar ningún duelo, la castigaba cuando ella rehúsaba disculparse ante su madre.

Se trata, entonces, del punto preciso en que un padre falla en su función metafórica, en tanto reenvía al Otro dejando a Frida sometida al campo de inducción materno, M. Little repite en su posición la misma inducción que implica una acumulación de goce de la que intenta desprenderse compulsivamente para poder salir de la posición masoquista en la que se encontraba. Pero es precisamente este masoquismo el que nos indica que allí el lugar de la falta del Otro se encuentra obturada por el objeto.

Algo más adelante, en el segundo tiempo del análisis y sólo después del episodio de la angustia, Frida reafirmará lo que acabamos de señalar indicando que, en todos esos primeros años, cada vez que M. Little le hablaba era como su madre quien le decía siempre que ella era "una persona terrible" y que sus padres también la etiquetaban de "ladrona".

¿Qué es una etiqueta sino el testimonio de un goce vivo, no alcanzado por la castración, que atormenta al sujeto? ¿Qué es una etiqueta sino el testimonio que la letra aporta en tanto instancia, es decir, de la letra que no ha sido vuelta a decir en el equívoco de la metáfora de un padre?

De esta manera, las dos respuestas totales que M. Little aporta como "reacting impulse" a su paciente son una expresión del superyo porque van acompañadas de la misma etiqueta que el Sujeto lleva pegada en su espalda, al precio de sostener con ello la supuesta totalidad del Otro. En esas disculpas, la letra arde. Se trata, entonces, de la presencia de un goce que en este caso no es otra cosa que la sentencia del superyo.

Y "el superyo es una voz sin más autoridad que la de una voz gruesa" (10). Dicho de otra manera: de esa voz también hay letra pero es la instancia de la letra sin articulación al significante. Por ello no alcanzará con afirmar que la letra hace litoral entre saber y goce, puesto que es necesario situar de qué saber y de qué goce se trata. En este caso, la letra arde del goce del Otro haciendo en consecuencia litoral con un saber absoluto que no tiene hasta allí posibilidad de articularse como saber inconciente.

Esa posibilidad es la brecha que el deseo del analista abre en la transferencia clivando al superyo del Ideal, o lo que es lo mismo, estableciendo la distancia entre el objeto y el Ideal puesto que hay ocasiones en que "el objeto a es el equivalente del superyo más incómodo" (11). Producir el clivaje entre el superyo y el Ideal, implica leer la letra pero no como mero lector que reproduce sin diferencia significante la sentencia que lee, sino que, por el contrario, leer la letra depende de la estructura del deseo en lo radical de la falta en la posición del analista.

¿Podríamos, no obstante, considerar que esas dos respuestas de M. Little son intervenciones en lo real? La intervención en lo real implica un interdicto en el que el "no"

de quien lo profiere instaure una barrera al goce, aunque no provea la metáfora necesaria para que el Sujeto sea su efecto. Las disculpas de Frida, la letra que queda ardiendo de goce y a la espera, sin leer ni por M. Little ni por J. Lacan, indican que tampoco una intervención en lo real podría confundirse con un ejercicio del superyo. Es que un acto, intervención en lo real o interpretación se lee por sus efectos.

En su breve comentario Lacan considera que las tres respuestas de la autora inglesa implican la introducción de la función del corte. Plantear la diferencia en estas respuestas deja traslucir no sólo alguna reflexión sobre M. Little sino y al mismo tiempo sobre la posición del analista efectivamente ocupada por Lacan.

Así, en el caso de la angustia se dibuja en Lacan la posición del analista que lee a la letra y allí hace litoral entre saber y goce porque soporta lo real de la privación en su propia posición, instaurando lo real de la pérdida desde donde se causa lo simbólico de la falta. Pero si las otras dos respuestas no implican una función de corte... ¿no es acaso que podríamos situar allí el olvido de Lacan en cuanto a lo radical de la estructura de la falta? Cuando está ocurre, no se trata ya de la frontera en la que se instaure la falta sino de un goce como tal sin frontera.

Entonces, es lícito plantear que en el cómo Lacan lee a M. Little está también el testimonio de su práctica o sea que si en su Seminario decía en tanto Sujeto, también transmitía lo que leía en tanto analista en el sentido del testimonio de una posición efectivamente ocupada, posición del analista.

En ese testimonio, el que habla, J. Lacan u otro, hace público algo de lo más íntimo que le concierne. Por lo que dice y por los hiatos en lo que dice deja traslucir cuándo su deseo en tanto sujeto se aproxima o se aleja de la expresión radical del deseo en cuanto a lo real de la estructura de la falta, es decir cuándo su deseo se aproxima o se aleja de la función de lo que soporta en su práctica: el deseo del analista.

Interrogar la clínica que Lacan desplegó, interrogar nuestra práctica... Tal vez allí se abra la posibilidad de una clínica lacaniana que apostando a la ética del deseo del analista y con ello a la reinención del psicoanálisis, traspasaría los límites de la identificación a Jacques Lacan.

BIBLIOGRAFIA

- (1) J. Lacan, Seminario: "La Angustia" Clase del 23/1/63. Inédito
- (2) J. Lacan, Seminario: "La Angustia" Clase del 30/1/63. Inédito
- (3) M. Little, "La respuesta total del analista a las necesidades de su paciente", Serie Referencias Ficha 8 E.F.B.A.
- (4) M. Little, P. Heimann, L. Tower, A. Reich, "Le Contre-transfert" B. des Analytica. Navarin Ed.
- (5) J. Lacan, Seminario: "La Angustia" Clase del 30/1/63. Inédito
- (6) J. Lacan, Seminario: "La Angustia" Clase citada
- (7) J. Lacan, Seminario: "La Angustia" Clase del 30/1/63. Inédito
- (8) J. Lacan, Seminario: "La Angustia" Clase del 27/2/63. Inédito
- (9) M. Little, "La respuesta total..." Obra citada
- (10) J. Lacan, Seminario: "Respuesta al informe de D. Lagache" Escritos II
- (11) J. Lacan, Seminario: "La Angustia" Clase del 23/1/63. Inédito

